

La Pepona

Uno de los puestos de la plaza era el del tío Vicente.

El puesto parecía una pequeña cocina en cuyos vasares relucían, en vez de pucheros, juguetes, cajas de construcción, muñecos, trenes, cubos y pelotas.

En un rincón estaba la Pepona, la muñeca barata, con sus colores, su pelo de mentira pintado en la cabeza y sus botas, de mentira también, pintadas en las delgadas piernas de cartón.

Encima de su cuerpo sólo llevaba un vestidito, descolorido ya, abrochado con un clavo en la espalda; era de esa tela con la que hacían las bolsas de los «confettis» en carnaval. Tres años hacía que la llevaban al puesto de Navidad y tres años llevaba allí sin que nadie la comprara.

La Pepona sería fea y estaría mal vestida, pero era un encanto de muñeca; todos los años escribía a los Reyes y todos los años les pedía lo mismo: que le echaran una niña.

Aquella noche hacía más frío que nunca y, sin embargo, había más gente que nunca alrededor del puesto.

Una mujer con un abrigo azul muy limpio, pero muy viejo, llevaba un rato mirando a la Pepona. Por fin se fue sin decir nada.

La muñeca Pepona tenía frío pero no se quejaba; estaba entretenida y muy contenta viendo la ropa de una muñeca que había delante de ella. Tenía cinco abriguitos y hasta impermeable y botas de agua.

